

El desarrollo del ideal del yo

Ruta autoplástica hacia el ideal del yo maduro en el varón

José Manuel Pinto Campos¹

En la adolescencia tardía surge una crisis evolutiva en torno a la construcción de un ideal del yo maduro. Cuando este conflicto queda sin resolver aparece la enfermedad de la idealidad: incapacidad de conseguir una guía interna que oriente profesional y personalmente, y en su lugar, idealizaciones del self que promueven movimientos discontinuos y caóticos, seguidos de una extrema pasividad, alternándose así estados afectivos extremos y variables. En el presente artículo se ilustra mediante casos clínicos y se concibe el desarrollo hacia el ideal del yo maduro en el varón como una ruta que pasa por tres posiciones principales: a) la tolerancia a la pérdida del paraíso del "yo ideal" para lo cuál es fundamental la presentación del padre por parte de la madre como proyecto de identificación; b) la contención de esta desilusión a través del enfrentamiento al complejo de castración, y de la estructuración del superyó que sirve de presa de regulación del yo ideal omnipotente; c) la construcción del ideal del yo maduro compuesto por introyectos de identificaciones selectivas con el padre, tras resolver los conflictos de ambivalencia, especialmente, el complejo de edipo negativo. Por último, la ruta se denomina "autoplástica" por tratar principalmente de las tareas de acomodación del sujeto al ambiente, por tanto, es adecuada para los trastornos por conflicto. Mientras que el camino de la psicología del self trata de las tareas de creación de un ambiente propicio que el sujeto pueda asimilar para desarrollar su narcisismo, y es aplicable a trastornos por déficit.

Palabras clave: yo ideal, ideal del yo, superyó, castración, identificación al padre, complejo de edipo negativo.

In late adolescence a developmental crisis related to the building up of an ideal mature ego takes place. When this conflict is not resolved the "illness of the ideal" makes its appearance: the incapability to obtain internal guidance both personally and professionally, and instead, self-idealizations that promote chaotic and discontinuous moves followed by extreme passivity, alternating between extreme and variable affective states. The paper illustrates this with clinical material and presents the development towards the mature ego ideal in males as a route including three main stages: a) Being able to tolerate the loss of the "ideal ego" paradise which is possible if the mother presents the father as a valid project to identify with; b) the containment of this disillusionment facing the castration complex, and the structuring of the super-ego which regulates the omnipotent ego ideal; c) the building of the mature ego ideal constituted of introyections of selective identifications with the father, once the conflicts related to ambivalence have been resolved, particularly, the negative oedipus complex. Finally, the route is referenced to as "autoplastic" because it makes reference mainly to the individual's adaptation to the environment, and is therefore adequate for disorders due to conflict. The route of self-psychology instead

refers to the creation of a favourable environment which the individual can assimilate to develop his narcissism, and is adequate for disorders due to deficit.

Key words: ideal ego, ego ideal, superego, castration, identification with the father, negative oedipus complex.

1. Introducción.

La concepción del ideal del yo como una estructura psíquica diferenciada del superyó, ilumina mejor una amplia zona de la experiencia clínica y potencia el pensamiento teórico. “Mientras que el yo se somete al superyó por temor al castigo, se somete al ideal del yo por amor; el superyó es una instancia de prohibición, el ideal del yo es una instancia de aspiración” (Blos, pág. 268). Diferenciación que cobra sentido al encontrarse patologías en donde ambas estructuras coexisten en permanente conflicto. Pongamos un ejemplo.

Una mujer de mediana edad acude a psicoterapia a causa de un estado depresivo que le sobreviene después de suspender un examen de promoción interna en su trabajo. A partir de entonces se desvaloriza a sí misma y se critica constantemente en su papel de madre, esposa, trabajadora y estudiante. Es la pequeña de una amplia familia y desde muy niña ha aprendido a cuidar de su madre enferma y a anteponer el cuidado de los otros a sus propios objetivos personales. Para mantener esta norma tuvo que desarrollar una actividad agotadora durante el año que estuvo preparando el examen: por la mañana acudía a su trabajo, a mediodía iba a la academia, por la tarde ayudaba en el negocio del marido, por la noche atendía a su hijo y de madrugada estudiaba. Ahora que ha vuelto de nuevo a estudiar, está bloqueada por la lucha entre la culpa por desatender las necesidades de sus familiares y el extraordinario rencor que le provoca el sentimiento constante de que en cualquier momento una necesidad de los otros interrumpirá su tarea y le impedirá alcanzar los logros a los que aspira.

La paciente se siente deprimida por la confluencia entre los sentimientos de culpa procedentes del superyó y los de desvalorización derivados del alejamiento respecto del ideal del yo: ambas instancias se encuentran en continua pelea, no pueden integrarse entre sí porque no han tenido un desarrollo suficiente en la paciente. Dispone de un superyó arcaico que la obliga a un desempeño exagerado de las actividades de cuidado y que no la produce ningún placer sino la evitación temporal de los sentimientos de culpa. Y de un ideal del yo también primitivo que no tolera ninguna imperfección, ningún alejamiento de la idealización de sí misma. Así, aunque la actividad del estudio es la única en donde encuentra un intenso placer, cuando topa con un tema que no comprende completamente, se desespera, le sobrevienen fantasías catastróficas de que suspenderá de nuevo el examen, y abandona decepcionada la tarea. Por tanto, hay que distinguir entre dos sistemas éticos: uno derivado del superyó y otro, del ideal del yo (García de la Hoz, 1998).

A diferencia del superyó que se estructura con la resolución del edipo, el ideal del yo consigue una estructura coherente y madura sólo tras la adolescencia tardía. Un niño pequeño no se plantea ¿qué quiero ser de mayor? Por el contrario, la construcción de un proyecto de identificación es una tarea prioritaria del adolescente. En esta época hay un desligamiento del mundo familiar y una apertura a lo social. Se requiere un ideal del yo maduro y autónomo que exprese la individualidad y motive para la acción. Sin ello, la construcción de la identidad pierde el rumbo, y se enferma de idealidad: el sujeto sólo dispone de precursores arcaicos del ideal del yo que lo mueven a bandazos, caóticamente, a merced de los contradictorios vientos que soplen de las idealizaciones del self o de los cambiantes objetos idealizados.

Un ideal del yo precario puede quedar detenido en diferentes momentos de su evolución de forma tanto más regresiva cuanto mayor es el poder del mundo imaginario y menos peso tienen las demandas de la realidad. Entonces el ideal del yo es suplantado por el “yo ideal”. En los casos más graves se llega al delirio psicótico. En otros, la reclusión en el mundo de la fantasía llega a constituir el regulador —aunque inestable— de la autoestima del adolescente.

El ideal del yo se puede resexualizar invirtiendo su origen más primitivo. Se alcanza así el estado de completud y bienestar por el amor fusional con la madre de la primera infancia, ahora reeditado en una nueva relación amorosa simbiótica. También se puede volver concreto y personificado al ser proyectado sobre un amigo o un líder de grupo que sirva de objeto de identificación, de sustituto de la imago parental idealizada, o de objeto de amor homosexual más o menos reprimido.

Por el contrario, un ideal del yo maduro implica la integración con los requisitos de la realidad, la desexualización de las pulsiones a través de la sublimación, y la abstracción de sus contenidos y funciones por medio de la autonomía respecto de sus objetos fundantes. Para Peter Blos, mientras que las idealizaciones del self pueden producir una satisfacción inmediata e infantil de las necesidades narcisísticas, y las normas del superyó pueden cumplirse con el consiguiente estado de bienestar, el ideal del yo implica “dilación y un estado de expectación, es un viaje incesante sin punto de llegada, una lucha de toda una vida”. La satisfacción no residiría en cumplir las exigencias del ideal del yo, algo imposible de realizar. Lo que proporciona una sensación de bienestar es “el esfuerzo sostenido en pos de la perfección”.

2. Una ilustración clínica.

El joven H de 18 años acude a consulta acompañado de un familiar a causa de un estado depresivo intenso. Se encuentra muy abatido por sentirse incapaz de estudiar y por carecer de un objetivo vital que lo saque de una parálisis permanente. Llega en el mes de mayo después de haber alarmado a su familia —que vive en otra ciudad— con una carta desesperada en la que los padres creen ver amenazas de suicidio. H cuenta que les escribió que “quería olvidarse completamente de ellos y que le importaba tres narices demostrar todo lo que valía y lo listo que era”.

Cuando comienza la terapia se encuentra al final del curso de repetición de COU con la expectativa de suspender otra vez todas las asignaturas. Para evitar el reconocimiento de la herida narcisista del curso anterior, se alejó de casa y les propuso a sus padres venir a estudiar a Madrid.

La profunda autodesvalorización que sufre está compensada parcialmente con un gran despliegue de su mundo imaginario perverso. Es un experto en planear y realizar juegos de rol con algunos pocos amigos. Concibe héroes con armaduras, mallas y espadas que se pelean contra antihéroes o guerreros del caos con hachas y símbolos demoníacos que destrozan a todos los humanos que se pongan por delante. Dibuja en los libros de texto a mujeres desnudas en posición hierática, "muy bien dotadas, con rabo y colmillos como diablillos, seres superiores, indestructibles, pequeñas semidiosas que dominan y fascinan y que a la gente le parecen terroríficas". Y se masturba con la imagen de compañeras de colegio a las que sodomiza en la fantasía: "mis ayudantes son todas mujeres y yo soy el que domina a alguna esclava que quiere recibir castigos, le doy azotes y le hago beber orina en grandes cantidades".

Durante los primeros seis meses de terapia recupera los aspectos más benignos de su ideal del yo infantil. A primeros de curso fija sus objetivos en "ir a por el sobresaliente, encontrar una parejita, hacer nuevos amigos y adelgazar". A excepción de la parejita, consigue aproximarse a sus metas: sale los viernes con compañeros del nuevo colegio, adelgaza seis kilos yendo a un gimnasio y saca una media de notables en la primera evaluación. Paralelamente, las relaciones con sus padres mejoran sustancialmente.

No obstante, los resultados académicos ocultan muchas de las dificultades cotidianas. No consigue concentrarse en los estudios a causa de ser un "yonki" del pensamiento según sus propias palabras. Y las relaciones con las chicas se frustran tras alguna aproximación impetuosa seguida de una prolongada retirada. Se sumerge en dos clases de fantasías distintas: desea a una compañera que es atractiva y estudiosa y se imagina con ella una relación cariñosa, oral y pregenital en donde evitaría las relaciones sexuales y sólo se conformaría con besos y caricias. Y a otra chica de otra clase a la que llama "La Siniestra", con quien fantasea relaciones sadomasoquistas.

Paradójicamente, inicia la cuesta abajo a partir de sacar notables en la primera evaluación y conseguir la admiración de sus padres y familiares por el cambio observado. A la semana siguiente a la celebración de este triunfo se siente mucho más nervioso: es consciente del enorme miedo que tiene a fracasar. Habla de encontrar ahora más dificultades para estudiar y de la presión externa que tiene para conseguir éxitos. Una tía materna financia parte de los gastos de su estancia en Madrid y le pregunta continuamente por los estudios. Se rebela contra la imagen de grandiosidad infantil que le devuelve su madre cuando le recuerda que había obtenido una puntuación de casi superdotado en un test psicológico a los ocho o nueve años. Y se entristece con la decepción que le produce la desidealización de su

padre a quien ve como un ingeniero de caminos fracasado que se encerró en un trabajo burocrático para la administración y se entretiene construyendo privadamente...casas de muñecas.

El pánico a fracasar le paraliza. Se da cuenta de que su narcisismo infantil ya no le vale, al tiempo que añora más que nunca la omnipotencia perdida. Recupera recuerdos infantiles en donde ve nítidamente a una joven morena que trabajaba en la casa donde residía con su madre y abuela y que le cuidaba cuando tenía dos o tres años. Son imágenes fascinantes llenas de luminosidad y de quietud. Entonces, telefonea al padre y le provoca diciéndole que no quiere ser universitario sino albañil (el ideal negativo del padre que es ingeniero). La amenaza de un examen inminente le devuelve algo a la realidad. Se propone estudiar un 50% de los temas y no mirar el resto. Siente que si estudiara todo se tendría que esforzar demasiado y no está acostumbrado y además, se sentiría demasiado nervioso y agobiado. Así, se protege de su miedo al fracaso: como sabe que no lo ha intentado con todas sus fuerzas, el examen no evaluará su capacidad —lo que realmente le da miedo— sino su voluntad (“hubiera podido aprobarlo pero no he querido”).

Durante el tercer cuarto de la terapia, H se adentra en la bisexualidad y en el interés por los hombres. Un día viene con las uñas de una mano pintadas y con las de la otra sin pintar, y la mitad de la cabeza con el pelo más largo y la otra mitad rapada. Se muestra a favor de la estética de los “vampiros”, un look de personas “que defienten la bisexualidad, que se levantan contra el poder establecido; los que son muy machitos prefieren a los hombres, yo en cambio siempre estoy con las chicas de la clase”. Habla de una situación en que su padre se burlaba de él diciéndole que se había vestido como un marica. Recuerda una situación de hace unos años en que un matón le humilló y su padre le respondió: “¿y no le agarraste los huevos?”. El se quedó callado y mohíno pensando que su padre quería que él fuera un “as”. En oposición a esta clase de recuerdos piensa en una novela que le gustó mucho y le hizo llorar. Se trataba de una relación amorosa y homosexual ambientada en la Grecia clásica, en la que el más joven consigue ir aprendiendo la enorme sabiduría del hombre mayor.

Va desarrollando un intenso sentimiento de abandono. Se queja de que sus padres no le han dejado decidir nada y que para una vez que toma una decisión — el salir de casa e ir a Madrid— van y le dejan. “Quiero volver a mi tierra y la única universidad en la que quiero estar es en la de mi ciudad”. Logra retrasar un par de exámenes y aprovecha la semana blanca de febrero para volver a casa. Anteriormente, en una entrevista familiar le había pedido al padre que le ayudara a estudiar puesto que él había sido capaz de acabar una carrera muy dura. Pero una vez allí se frustra este deseo. Padre e hijo intentan un breve acercamiento sobre la base de la ayuda en dos asignaturas. Ambos dinamitan este posible encuentro. H propone ser ayudado justo en las asignaturas que no le gustan a su padre y que, sin embargo, él mejor domina. Además, se niega a mostrar sus libros por la vergüenza de que su padre vea los numerosos dibujos perversos de mujeres que los pueblan. Su padre se presta al juego de ayudar a estudiar sin convicción y a la primera dificultad se desespera y se desentiende de los estudios de su hijo durante toda la semana.

Cuando vuelve a Madrid, H se encuentra resentido por el fracaso del tímido intento de acercamiento y retira la libido de él. Vuelve a recordar que sólo una vez intentó explicarle matemáticas y se ponía a chillarle enseguida y luego desistió de intentarlo más. Se reconcome al pensar que su padre se sintió tan frustrado profesionalmente, que le abandonó emocionalmente durante su niñez y adolescencia.

Durante el último trimestre del curso y de la terapia, H intenta frustrar los deseos del padre sobre su futuro como universitario y emprende un trabajo marginal que le dura un suspiro. Le sirve para saber que él quiere un trabajo mejor y que debería estudiar algo. Entre ambas fuerzas opuestas llega a una solución sintomática: estudiará un módulo superior de formación profesional y no la diplomatura universitaria que había planeado en un principio. Así, llega a una transacción entre la necesidad y el deseo de estudiar y la rebeldía a cumplir el deseo del padre.

Esta decisión le permite recobrar suficientes fuerzas como para enfrentarse a los exámenes finales y aprobar el curso al tercer intento. Por fin encuentra un éxito que disfrutar y del que poder estar orgulloso. Ahora pueda reconocer la enorme herida narcisista que supuso el suspender todas las asignaturas el primer año de COU.

Esta alegría se estropea porque su familia le recomienda que intente la selectividad. H se queja con amargura: “yo quería llegar a mi ciudad y decir a mis amigos que he aprobado y que voy a hacer unos estudios que son estupendos, sería como un héroe y me lo están chafando”. Defiende con ardor sus argumentos para no presentarse a este examen. “No quiero hacer la selectividad, yo no quiero ser universitario; además no lo necesito para hacer formación profesional y si luego quiero, al terminar accedería directamente a la universidad”. Como por otra parte se siente obligado a presentarse, consiente en examinarse pero vivenciándolo como si se tratara de un puro trámite innecesario, y por tanto, no se prepara. De esta forma vuelve a evitar el pánico a fracasar.

Suspende la selectividad y se marcha de vacaciones. En septiembre intenta ingresar en la escuela de formación profesional pero no le admiten a causa de que la nota media es inferior a la de otros solicitantes. Se desespera buscando un sitio y finalmente su padre le encuentra una plaza para realizar esos estudios en su misma ciudad. Cuando se despide de Madrid y de la terapia se encuentra triste y puede reconocer cómo se ha engañado por miedo a fracasar. Curiosamente, tomando un desvío para evitar el miedo a la castración (examen de acceso a la universidad), volvió a encontrar lo temido en ese mismo atajo (la pérdida de la posibilidad de estudiar en Madrid).

3. El paraíso perdido: El yo ideal.

En “Introducción al narcisismo”, Freud define el concepto de ideal del yo como una instancia psíquica que recoge la herencia del narcisismo primario cuando éste ya no se puede mantener por imperativos del desarrollo:

“La evolución del yo consiste en un alejamiento del narcisismo primario y crea una intensa tendencia a conquistarlo de nuevo. Este alejamiento sucede por medio del desplazamiento de la libido sobre un ideal del yo impuesto desde el exterior y la satisfacción es proporcionada por el cumplimiento de este ideal...El hombre se muestra aquí, una vez más, incapaz de renunciar a una satisfacción ya gozada alguna vez. No quiere renunciar a la perfección de su niñez, y ya que no pudo mantenerla ante las enseñanzas recibidas en su desarrollo y ante el despertar de su propio juicio, intenta conquistarlas de nuevo bajo la forma del ideal del yo. Aquello que proyecta ante sí como su ideal es la sustitución del perdido narcisismo de su niñez, en el cual era él su propio ideal”.

A partir del pensamiento de Freud se puede entender el logro de un ideal del yo evolucionado como una ruta compuesta de tres etapas principales:

1. Una primera etapa donde el ideal del yo es el propio **yo ideal**. Este yo ideal será siempre el núcleo básico del ideal del yo, del que se parte y al que se añora regresar. Para Freud, el ideal del yo sería un heredero del narcisismo primario. Concepto que ha sido muy criticado en su acepción más radical (un narcisismo que antecede a cualquier otra etapa evolutiva, ligado a la vida intrauterina y que no requiere para su construcción del mundo objetal). Sin embargo, este concepto parece rescatable en el sentido al que llegan Laplanche y Pontalis en su Diccionario de Psicoanálisis: “una fase precoz o ciertos momentos fundadores, caracterizados por la aparición simultánea de un primer esbozo del yo y su catexis por la libido, lo que no implica que este primer narcisismo sea el primer estado del ser humano, ni que, desde el punto de vista económico, este predominio del amor a sí mismo excluya toda catexis objetal”. También, el propio Freud ve en el narcisismo primario una proyección del narcisismo de los padres sobre el bebé en quien contemplan todas las perfecciones y al que tratan como a “His Majesty the Baby”, es decir, encuentra lo que se puede hoy denominar un origen intersubjetivo del yo ideal. Por otra parte, la clínica nos enseña otras situaciones en donde el terreno de anclaje del yo ideal más arcaico no empieza en el narcisismo primario sino en un estadio donde lo objetal y lo narcisístico se confunden: la experiencia de satisfacción de fusión con la madre. Este es el caso de los pacientes que aspiran a un narcisismo de “tensión cero”, con fantasías de una madre ambiente envolvente que los meza en una especie de Nirvana.
2. Una segunda etapa, de **desilusión** respecto a la creencia en la perfección del antiguo yo ideal que ya no se puede mantener ni por la maduración del juicio propio ni por la especularización de los otros significativos. Lo que trae consigo una toma de conciencia del desvalimiento primordial del infante y del ser humano. Conciencia que obliga al reconocimiento de los objetos, a los cuales se terminará atribuyendo la propia omnipotencia perdida. A lo que se añade, en la vertiente objetal, la desilusión por la percepción de no ser el objeto único de deseo de la madre.

3. Una tercera etapa de **identificación** con un ideal que se impone desde fuera, quedando el yo fragmentado y complejizado. De esta forma, se integran las dos fases anteriores en el mundo interno: se recupera parte del placer conseguido en la etapa del yo ideal en los esfuerzos por aproximarse al ideal (aumentando la autoestima y el amor del objeto), al tiempo que se perpetúa la desilusión por la imposibilidad de fusión, por la distancia siempre infranqueable entre el yo y el ideal.

Se puede entender la evolución del ideal del yo como la repetición de este proceso una y otra vez de manera interminable. Veámoslo en uno de los infinitos ejemplos cotidianos. Una persona que quiera adaptarse a la informática por primera vez —un ideal del yo impuesto desde afuera— partirá de un yo ideal más tranquilizador, nostálgico de la época primitiva donde no existía esta nueva herramienta de trabajo. Durante un tiempo podrá quedar instalado en este yo ideal y negar la necesidad del nuevo aprendizaje. Pero si el contexto de realidad sigue presionando se encontrará situado sin quererlo en la segunda etapa de desilusión, apabullado ante una demanda a la que ha de responder y ante la cual se siente desvalido. Finalmente, si se decide a aprender necesitará pasar a la tercera etapa, identificarse con figuras que representen esta nueva adquisición y que le sirvan como modelos. De todas maneras, siempre seguirá sintiendo la fractura entre las nuevas adquisiciones y el ideal que se le escurre como una pez cada vez que parece alcanzarlo.

Este línea progresiva se detiene cuando el sujeto queda anclado en cualquiera de estas etapas por múltiples factores. Se puede quedar fijado en la etapa del yo ideal, por exceso, mediante el mantenimiento a toda costa de la ilusión de completud infantil (hipernarcisización primaria), o por defecto, cuando el sujeto ha carecido de una suficiente narcisización por parte de los padres (hiponarcisización primaria). Se puede quedar estancado en la segunda etapa de desilusión por renegación de esta realidad vivida como insoportable, con regresión a la etapa anterior; o por el contrario, construir un concepto del self como "impotente" respecto a la consecución de los deseos más importantes del sujeto y a los que no puede renunciar (depresión narcisista, Bleichmar, 1997). Y por último, se puede frustrar el establecimiento de nuevas identificaciones en relación con modelos del ideal del yo, por fallas de la madre en la "presentación del padre" (Caparrós, 1992; Ogden, 1989), o por la elección de un atajo —el vínculo homosexual con el padre— que evite el largo y penoso camino de la identificación.

El primer factor fundamental para que se produzca un empantanamiento en un ideal del yo arcaico reside en una actitud materna patológica. Entre los trastornos por conflicto (hipernarcisización primaria), un caso paradigmático es el vínculo que genera la madre del perverso con su hijo.

"Se ha apuntado a menudo en la etiología de las perversiones la muy frecuente actitud de seducción y la complicidad de la madre hacia el hijo. Por ejemplo, R. Bak (1968) se extiende sobre la seducción del futuro perverso por la madre, sobre la relación incestuosa que ella establece, y sobre el padre a quien ella con-

vierte en un extraño, un outsider, una cantidad desdeñable... Tal vez se podría sostener que se vuelve perverso el que, ayudado en esto a menudo por su madre, no ha podido resolverse a abandonar la ilusión de ser un compañero adecuado; en cambio, los factores que favorecen la proyección del ideal del yo sobre el padre ayudan al varón a superar sus miedos del órgano femenino desprovisto de pene". (J. Chasseguet-Smirgel, págs. 32-36)

Estas reflexiones coinciden con mis propias observaciones de trastornos perversos. La madre de H es un buen ejemplo, al haber envuelto a su hijo en un amor seductor para compensar sus carencias. H recuerda haber escuchado a su madre decir muchas veces: "no se de qué te quejas, tú no sabes lo que es que no te hayan querido tus padres". La abuela materna se quedó viuda muy joven con seis hijos a su cargo y tuvo que ponerse a trabajar. Y según la hermana pequeña de la madre, la tía que lo trajo a consulta, la abuela materna prefería a los dos hijos varones en los que se apoyaba. De manera que la madre de H no tuvo ni la disponibilidad ni el cariño de su propia madre.

Entre los dos y los cuatro años, H vivió con su madre en la casa de la abuela rodeado de mujeres —también estaban las hermanas de la madre y alguna chica de servicio que le cuidaba—. El padre se marchó de Madrid a otra ciudad lejana para encontrar un trabajo seguro en la administración. Durante esta época la madre alternaba estados depresivos y de desconexión con encuentros seductores con su hijo: la base de los estados de ánimo que siguen vigentes en la relación madre-hijo. En las entrevistas familiares la madre pasaba de pensamientos muy cariñosos respecto a H, a otros en que se deprimía si se sentía no correspondida y decía que le "terminaba importando un pito lo que hiciera su hijo".

Se puede construir el vínculo de H con su madre como poco contenedor y sobresexualizado. Especialmente, en el periodo entre los dos y los cuatro años, la madre debió de reactivar sus déficits infantiles con su propia madre y querer compensarlos en la relación sexualizada con su hijo. Este vínculo principal sigue activo, H dice que su madre y él "se están dando continuamente cariños y caricias", y constituye la base de su identidad: "yo soy de mi madre, mi hermana es de mi padre".

Debido a su historia, tampoco la madre de H le ha facilitado el acceso al padre. Su propio padre murió cuando era muy niña y se lo presentaron como un enorme dictador que había martirizado a su madre. La abuela materna contaba que se quiso separar de su marido a los cinco meses de casada y que este reaccionó encerrándola en una habitación durante un mes entero. A su suegro, el abuelo paterno, también lo percibía como un dictador: "mi suegro es incompatible conmigo, es el dueño de la verdad absoluta, tuvimos una pelotera muy gorda y nunca nos hemos entendido". Tampoco entiende el mundo masculino, la necesidad de logros en la vida real que sustenten el ideal del yo. En una entrevista con los padres, cuando su marido habla de su sentimiento de ser un fracasado en la vida, ella responde con una mezcla de sentido del humor e indignación: "me dan ganas de

arte de tortas, tienes tantas cosas más fundamentales, tienes lo más importante, el cariño, no veo el fracaso por ninguna parte”.

La madre de H le propone un yo ideal infantil. Al igual que con el padre, negó el fracaso de su hijo hasta que la realidad se lo imponía tercamente. Le transmitía la idea de que lo único importante es el cariño y le recordaba que había sacado una puntuación de superdotado en un test cuando tenía nueve o diez años. En otra entrevista familiar la madre dice: “estoy segura de que vas a aprobar todo, incluso con notables”, mientras que H le desmiente: “estoy muerto de miedo por los exámenes”. Es decir, al joven H ya no le vale el yo ideal que le refleja la madre, aunque siga atrapado en él. Ya no puede mantener de forma creíble que “lo único importante son los cariños que intercambia con su madre y que no tiene que preocuparse porque es un superdotado”.

4. Estructuración de la desilusión: El superyó como regulador del yo ideal omnipotente.

El joven H estuvo obsesionado por una fantasía con una profesora del colegio que le sirvió para masturbarse repetidamente durante un par de semanas. La fantasía tuvo su origen el día que esperaba la visita bimensual de sus padres, y tras sentirse muy frustrado por haber salido a tomar copas con un grupo de compañeros del colegio y encontrarse finalmente aislado, entre tres parejas. Sentía que sobraba y no soportaba encontrarse sin novia, sin “parejita”, mientras que los demás lucían sus trofeos.

El objeto de la fantasía era una profesora de unos 40 años que es “un poco borde y hace comentarios sarcásticos en grupo, aunque no es sádica del todo”. “Pensaba que no estaba casada pero la vi el otro día acompañada de su marido; tampoco es que sea muy atractiva, no es muy alta y tiene la nariz acabada en punta: las narices grandes me gustan mucho, es algo que da carácter”. Es decir, se trata de una mujer del grupo de las diablillas que dibuja desnudas que “tienen rabo, colmillos, están muy bien dotadas, seres superiores que dominan y fascinan y que a la gente le parecen terroríficas”. Una mujer que da miedo a sus compañeros de clase y que tiene carácter porque tiene pene (la nariz grande, el rabo de las diablillas). Esta mujer con pene es una representación desplazada de la imago materna.

La fantasía consistía en encontrar a la profesora con amigos, quedarse a solas con ella e irse a una casa. “Allí nos daríamos besos y caricias, practicaríamos el sexo oral, el sesenta y nueve y una penetración normal. También me imaginaba que le gusto y eyaculo dentro de su boca. Y que le doy pequeños mordisquitos, chupetones y azotes en el culo y que la sodomizo y siento como si su ano me apretara más que mi mano cuando me masturbo”. El joven H hace un intento de integración entre pulsiones sexuales orales y cariñosas, con otras de carácter sádico, y en medio de todo ello, aunque tímidamente, se atreve a imaginarse capaz de una penetración normal, desafiando el complejo que tiene de poseer “un pito pequeño”.

En la tradición familiar, H recuerda que le han contado que cuando su hermanita era un bebé y él tenía tres años le dijo a su madre: **“anda mamá, deja a mi hermanita que no está completa, no tiene ni pito, ni dientes, ni pelo; vente conmigo que vas a estar muy bien”**. Esto constituye la creencia fundamental de la que todavía no se ha desprendido H: que un niño puede ser un compañero sexual adecuado para su madre, y que hay seres castrados como su hermanita que no valen nada, mientras que hay otros que están completos: los fálicos (él y su madre).

Esta creencia cuasirreligiosa de H se mantiene en la fantasía de la profesora: cuando la sodomiza imaginariamente y encuentra que el ano receptor le aprieta agradablemente el pene, actualiza en su adolescencia la renegación infantil de la realidad de las diferencias de generación. La parte en la que la renegación fracasa, donde se cuele la realidad, es la reaparición de su complejo de “pito pequeño”: efectivamente, un niño tiene un pene mucho más pequeño que su padre.

“Pienso en efecto que la roca de la realidad no consiste sólo en la diferencia de los sexos sino en lo que le es absolutamente correlativo, como la otra cara de la misma moneda: la diferencia de las generaciones. La realidad no consiste sólo en que la madre es castrada: la realidad consiste en que la madre tiene una vagina que el pene del varoncito no podría colmar”. (J. Chasseguet-Smirguel)

¿Para qué necesita H mantener una renegación tan poderosa de la castración? De acuerdo con Ferenczi, la consecuencia de la castración sería la imposibilidad de reunirse sexualmente con la madre, de renunciar al placer de los placeres. Desmintiendo la amenaza de castración (él y su madre son seres completos, con pene) puede mantener imaginariamente el constituirse en el compañero sexual adecuado de la madre. Ahora bien, el precio que paga por ello es que esta amenaza desmentida se le reaparece una y otra vez en todos los rincones de su vida. No puede encontrar una pareja porque imagina que ante las posibles candidatas no dará la talla, que su pito les resultará pequeño y no podrá colmar a la mujer. No puede examinarse de la selectividad, porque traería consigo la posibilidad del fracaso, la amenaza de la creencia de la completud: “quería llegar a mi ciudad y decir a mis amigos que he aprobado todo y que voy a hacer unos estudios que son estupendos, sería como un héroe y me lo están chafando con la selectividad”. Una completud que él mismo sabe que es falsa: quiere hacer pasar unos estudios de grado medio por estudios estupendos: su pene infantil por un pene de adulto.

¿Cuál es el sentido de la castración? Para André Green (pág. 146) la prohibición del incesto y la amenaza de castración son dos prohibiciones simbólicas que aparecen en todas las sociedades con el objeto de frenar y regular “el placer de los placeres” y permitir así, que el individuo y la sociedad se desarrollen. La resolución del complejo no estaría en “la aceptación de la castración” como piensa Lacan, sino en el “acceso a la renuncia edípica”. “Porque la renuncia, al dar acceso a la posibilidad de un desvío del Edipo en la sublimación, es condición necesaria para el cese de la agonía en el conflicto estéril e insoluble” (pág.152). Es decir, la resolución del complejo de castración constituye un dique de contención de la libido en la

dirección del objeto edípico, que permite por ello mismo encauzarla en otras direcciones más fructíferas.

Recordemos que el superyó edípico se instaurará más tarde como el guardián de esta amenaza de castración que volverá a reactualizarse si el sujeto no se ajusta a unas reglas de comportamiento. El superyó castiga placeres incestuosos a favor del principio de realidad. La otra cara de la moneda es que el superyó integra al principio de realidad en el principio del placer. Se enfrenta a la omnipotencia infantil pero no la destruye, la regula y la transforma: es la vacuna contra la desilusión abrumadora, la impotencia que sigue necesariamente a la omnipotencia del yo ideal en su choque contra la realidad. Por tanto, el superyó es el regulador del ideal del yo (Mejía, 1999), una instancia que recanaliza la libido en direcciones progresivas.

Esta regulación del superyó sobre el ideal del yo arcaico constituye uno de los objetivos prioritarios en el tratamiento de los trastornos graves de personalidad, especialmente, cuando falta la función de la ley, del tercero. Entonces, corresponde al terapeuta la tarea de instaurarla a través de la asunción del papel de superyó auxiliar. Veamos un ejemplo, el de un hombre de 32 años, el señor W, que vino a consulta a causa del crónico caos que imperaba en su vida, y del temor a perder el pequeño despacho de abogados que dirigía.

W estaba dominado por un ideal del yo arcaico que arruinaba su vida personal, profesional y social. Era el tercero de una familia de seis hermanos con un estado de salud mental inversamente proporcional al orden de nacimiento. La hermana mayor era psicótica maníaco depresiva. El segundo sufría de un trastorno grave de personalidad con autolesiones por las que entraba y salía del hospital continuamente. Ambos hermanos mayores y W eran solteros y vivían en casa de los padres. Los tres últimos habían conseguido construir sus propias familias. W se consideraba a sí mismo de forma alternativa como un "padrino de la mafia" o una "víctima". Cuando su hermano segundo se descontrolaba, "llamaba a filas", y se convertía en el padrino que ponía orden de forma dictatorial, al tiempo que se olvidaba de la realidad y dejaba absolutamente cualquier otra obligación que tuviera entre manos (el trabajo, las sesiones de psicoterapia, las amistades) para concentrarse en la tarea de cuidarle y controlarle. Cuando las demandas de la realidad le reclamaban se sentía una "víctima". A los clientes que había desatendido o perdido, a mí como terapeuta o a los amigos, a todos nos decía lo mismo: nos recriminaba un trato injusto, que le agobiábamos abrumadoramente. Algo que en realidad hacía con él su madre. Entonces, solía deprimirse y quedarse abatido durante varios días en donde sólo quería ser cuidado por la madre como si fuera un bebé. En resumen, el ideal del yo arcaico quedaba estancado en dos posiciones alternantes:

1. **La víctima.** Por identificación con la madre, lo cual le producía un intenso orgullo de sí mismo, aunque en un registro masoquista. Por ejemplo, en una ocasión en que un tío suyo estuvo enfermo, se dedicó a cuidarle durante dos semanas a razón de catorce horas diarias, con el abandono subsiguiente de cualquier otra actividad profesional o social.

2. **El padrino.** Por identificación con el deseo de la madre. En su infancia, sus dos hermanos mayores creaban con frecuencia situaciones amenazantes. En una de ellas, W recuerda que cuando tenía siete u ocho años su hermano mayor perseguía a los pequeños y a él con un palo, de manera que se tuvieron que meter debajo de una cama para protegerse. Su madre le dijo que “en el futuro tendría que proteger a sus hermanos pequeños”. Y cada vez que se ocupaba de internar a su hermano, su madre le felicitaba diciéndole que “no sé qué haríamos sin ti”. W decía con orgullo: “yo soy el que manda en mi casa en estas situaciones”. Se quejaba del déficit de función paterna, y era verdad, como también lo era el que por sus conflictos había suplantado la autoridad del padre con ayuda de su madre. Este yo ideal se proyectaba sobre el mundo social. Cada tanto, tenía alguna guerra “a muerte” contra alguna institución pública, con pleitos de por medio, que le absorbía todas sus energías.

En la terapia, W repetía en la transferencia otra nueva batalla, la “guerra del encuadre”. Incumplía sistemáticamente el acuerdo de asistencia a dos sesiones semanales. Siempre había alguna batalla contra una institución, una urgencia de atención familiar o un trabajo para algún gran cliente que le impedían asistir a las sesiones. Las aclaraciones, confrontaciones e interpretaciones de estas ausencias eran vividas por W como actos injustos e incomprensivos que venían a confirmar su identidad de “víctima”. Posición que le justificaba internamente para que su sadismo pudiera salir a flote.

Al cabo de seis meses le planteé que necesitábamos un nuevo acuerdo de trabajo para enfrentar el problema básico de la inasistencia a la terapia. Le dije que tendría que venir un mínimo de cinco sesiones al mes y que de lo contrario, interrumpiría el tratamiento. Me respondió indignado que se sentía tratado muy injustamente, que yo era una persona cuadrículada y que ¡le quería meter en una de mis cuadrículas!. Pero con todo, cumplió el acuerdo algún tiempo. Luego, cada dos o tres meses volvía a la batalla. Algún acontecimiento externo era usado para atacar el encuadre que resultaba destruido, y había que construirlo de nuevo. Así estuvimos tres años y medio hasta alcanzar un acuerdo de paz, en el que influyeron dos motivos principales:

1. **La desilusión respecto del yo ideal arcaico.** Sus dos hermanos mayores fueron ingresados indefinidamente en un hospital psiquiátrico, y sus principales clientes lo abandonaron y tuvo que cerrar la empresa. Esto le condujo a una depresión por pérdida de sus objetos narcisistas pero también supuso la liberación de algunas corazas de su falso self: ahora empezaba a dejarse cuidar verdaderamente. Paralelamente podía ir distanciándose del vínculo patológico con la madre, tan exigente y agobiante.
2. **La aceptación del encuadre en su función de ley** (A. Ávila, 2001). En la enésima vuelta a la batalla del encuadre, faltaban pocos días para terminar el mes y sólo había asistido a dos sesiones. Cuando le planteé que

tenía que recuperar sesiones hasta conseguir las cinco acordadas, dijo que le agobiaba y le presionaba continuamente y que en esas condiciones él sería el que se tendría que ir. Defendí el encuadre, en esta ocasión, usando la contratransferencia: “Tú crees que soy un sargento. Sin embargo, el primero que me pongo límites soy yo. Sé que puedes irte y no aceptarlo, y de esa manera yo perdería dinero y fracasaría contigo. Yo no quiero fracasar ni perder dinero, sería más fácil decirte que no importa que te saltes los límites. Ahora, yo sé que esto es algo básico sin lo que no puedes progresar. Me limito a mí primero y luego a ti mientras no puedas realizar esta función por ti mismo”. Al final, no sólo cumplió con el encuadre, lo internalizó como algo valioso y se acabó esta guerra.

La eficacia de este tipo de intervenciones depende de la maduración del paciente y de que el terapeuta muestre el encuadre como ley a la que también él está sujeto, la ley del padre, del tercero. W entendió que aplicar esta ley también me comprometía a mí, y detectó el miedo que tenía a perderle como paciente si asumía la ley. Así, podía ver en mí la amenaza de castración: por tanto, pudo identificarse conmigo en tanto terapeuta no omnipotente. Una revolución para sus esquemas anteriores en donde se percibía a sí mismo como el portador de la ley en su familia y a mí como al tirano que intentaba someterle. Es decir, W pudo beneficiarse de un superyó auxiliar regulador y transformador del ideal del yo omnipotente e infantil.

5. El ideal del yo como heredero del edipo negativo.

En el capítulo III de “El yo y el ello”, Freud expone su concepción del edipo completo como un complejo bifronte con su cara positiva y negativa. “El varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto a favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre”.

En este mismo capítulo plantea la resolución del edipo en la aceptación de una ley también de dos caras: “Así (como el padre) **debes ser**, así (como el padre), **no te es lícito ser**, esto es, no puedes hacer todo lo que él hace; muchas cosas le están reservadas”. A partir de esta obra Freud englobará al ideal del yo (la identificación con el padre) y al superyó (la prohibición del deseo incestuoso y parricida) en un solo concepto. Aunque ambas instancias deben integrarse finalmente, por motivos clínicos y teóricos resulta más útil mantener la diferenciación: tienen orígenes, desarrollos y funciones bien distintas.

A diferencia del superyó edípico, el ideal del yo es una estructura psíquica que requiere un largo proceso de maduración. Aparece en un tiempo muy arcaico —su núcleo básico es el yo ideal del narcisismo primario— y, cuando el desarrollo es normal, se estructura definitivamente durante la adolescencia tardía. “Es largo el trayecto entre el momento en que el sujeto es para sí mismo su propio ideal y aquel

en que confía su narcisismo en depósito a su objeto homosexual, el padre, que pasa a ser su modelo, dicho de otro modo: **su proyecto de identificación**". (Chasseguet-Smirgel, págs. 31-32).

La tarea urgente de socialización en la infancia es la aceptación de la renuncia a la madre como objeto sexual, es decir, la resolución del componente positivo del edipo con la estructuración del superyó. No ocurre otro tanto con el edipo negativo. De hecho, durante la latencia se produce la relación más idílica entre el varón y el padre debido a dos razones principales. El padre es vivido como una figura protectora de la tendencia regresiva a la fusión con la madre y, por otra parte, constituye un modelo de identificación y un objeto del self idealizado que sustenta el narcisismo y el deseo de autonomía del niño. Será el despertar adolescente el que vendrá a romper este idilio. Mientras que para el niño la posición bisexual es mucho más tolerable, el adolescente tiene que renunciar a sus pulsiones homosexuales como requisito para alcanzar la identidad sexual que se le impone. Para ello, ha de enfrentarse a una nueva y difícil tarea: la resolución del complejo de edipo negativo.

"...Una queja común entre los adolescentes, a saber, su sentimiento de indecisión o indiferencia en materia vocacional, sus fracasos o avatares a los tumbos en los estudios. Estos problemas suelen añadirse con frecuencia a un complejo sintomático que estamos consagrados a revelar. A primera vista, derrotas de esta clase parecen inhibiciones edípicas, en especial cuando el varón se dispone a seguir los pasos vocacionales de su padre o, en general, cuando el joven se siente llamado a colmar las ambiciones que uno a ambos de sus progenitores abrigan para su vástago. El papel edípico cumple, sin duda, un papel decisivo; pero a él se le suma (como vemos en tantos casos de varones dotados) la tendencia infantil a renunciar a la competencia y a la envidia edípicas a cambio de la satisfacción regresiva derivada de recibir el resplandor de la fulgurante grandiosidad que irradia de la imago del padre edípico. De este modo, el pequeño vivenció antaño los placeres —penetrantes, aunque rara vez reconocidos— de su pasiva posición de sometimiento". (Blos, pág. 388)

El estancamiento en el complejo de edipo negativo paraliza el desarrollo de un ideal del yo autónomo. El sujeto se identifica con la madre, envidia el lugar simbólico de la mujer, y goza de sus pulsiones homosexuales respecto al padre. De esta manera, evita la angustia de castración, la herida narcisista por comparación al padre y la rivalidad con él. No tiene que ser como el padre porque "puede poseerle" si adopta una posición homosexual pasiva. Así, el joven H se identificaba con un personaje de un libro, un adolescente griego, que mantenía relaciones homosexuales con un hombre mayor, quien transmitía al más joven toda su sabiduría y poder.

Veamos otro ejemplo de este conflicto. Un hombre de 28 años, el señor Z, acudió a consulta a causa de una insatisfacción permanente en torno a su vocación profesional. Quería llegar a ser un pequeño empresario montando su propio nego-

cio. Mientras tanto, vivía su ocupación actual —informático en una gran compañía— como una situación provisional a la espera del momento en que emprendiera su gran proyecto. Ahora bien, este interés central no iba acompañado de una actividad consecuente. Se quejaba de una gran pasividad, de quedarse horas fantaseando sobre situaciones donde todo le iría bien, y postergaba continuamente el momento de dar pasos reales en dirección a su ansiada meta.

En una ocasión, tenía que desplazarse a otra ciudad para la boda de su mejor amigo. El viaje lo realizó en el coche de un conocido bastante mayor que él. Durante el trayecto, el hombre mayor intentaba convencerle para que mantuvieran relaciones homosexuales. Z se negaba pero recordaba la “enorme excitación que le producía **ser deseado como una mujer**”. Situaciones similares se producían con otros hombres mayores que conocía en los parques y le llevaban a sus casas con la intención de tener relaciones sexuales. Z se negaba pero disfrutaba de llevar la situación hasta el límite. Con un profesor de la universidad había conseguido que le aprobara una asignatura difícil. Este hecho se lo explicaba por haberle seducido sabiendo que el profesor era homosexual. El padre de Z siempre lo había tomado como su hijo preferido y a partir de su divorcio de la madre, concentró aún más sus necesidades de cariño y de intimidad emocional en Z, el único de los tres hijos que fue a vivir con él. Z recordaba como un conflicto extraño el cocinar para su padre, le gustaba y le repugnaba simultáneamente: sentía que suplantaba a su madre.

El padre era un empresario de gran éxito pero extraordinariamente exigente con las expectativas profesionales de su hijo. Tras unos años de vivir los dos juntos, Z se independizó para irse a vivir con una mujer diez años mayor que él, con quien mantenía una relación sexual intensa en la que disfrutaba de un fuerte vínculo niño-madre. Bloch ha acuñado un término apropiado para esta situación: la **defensa edípica**. Esta relación regresiva le confirmaba en su identidad sexual, le libraba temporalmente del sentimiento de vergüenza e inferioridad por la insatisfacción con su ideal del yo, y le evitaba el enfrentamiento al edipo negativo. Ahora bien, sólo cuando abandonó esta defensa, se separó de la mujer-madre, y se enfrentó a sus deseos homosexuales pasivos, pudo finalmente resolver sus inhibiciones vocacionales y emprender su proyecto.

Por tanto, en el complejo de edipo negativo podemos diferenciar varios elementos. La **angustia que se trata de evitar es la castración**, la percepción humillante de la pequeñez del sujeto frente al poderío del padre, la herida narcisista por la comparación con el padre. Negando la doble diferencia generacional y sexual, se evita la rivalidad y la competición con el padre, y se disfruta imaginariamente del reflejo del poder del padre a la manera de las “mujeres de...” personajes importantes.

La pulsión en funcionamiento es la **homosexualidad pasiva**. Se envidia y admira el lugar de la mujer. El deseo inconsciente es “ser la mujer del padre”, ser poseído homosexualmente por el padre. De esta manera se evita el largo y penoso proceso de identificación: en vez de “ser como el padre”, se coge el atajo de “tener al padre”.

No obstante, esta solución no está libre de conflictos. La adopción de una posición pasiva homosexual implica la renuncia a la propia identidad sexual y a la afirmación fálica del sí mismo. Esto genera defensas muy fuertes. La puesta en contacto con el edipo negativo despierta una gran cantidad de angustia en los pacientes. Se trata de una tarea delicada y que exige tiempo. Lo observable en la clínica son posiciones sintomáticas en las que se mezclan actitudes pasivas homosexuales con fuertes defensas en la dirección contraria. Así, el señor Z mantenía una actitud de rebeldía y distanciamiento del padre, al tiempo que se imaginaba libre de la necesidad de trabajar: "podría vivir con mi padre y llevarle la casa" (fantasía que al ser verbalizada se entremezclaba con fuertes signos de repugnancia).

La superación del complejo de edipo negativo implica transformaciones radicales en el enfrentamiento a la angustia de castración, del destino de la pulsión homosexual y del tipo de ligazón al padre.

Para el señor Z había dos clases de hombres, aquellos apabullados por los miedos como él mismo y los que carecían de cualquier temor como su propio padre o el terapeuta. Al igual que con el joven H sólo existían dos categorías: los fálicos y los castrados. A medida que fue enfrentándose a la creación de su nueva empresa, de su gran proyecto, alternaban en él estados de ánimo contradictorios y extremos, pasando de la exaltación al más completo abatimiento. Cuando temía perder a alguno de los pocos clientes que tenía le sobrevenían ideas catastróficas en las que imaginaba el hundimiento de su nueva empresa, perdía la confianza en sí mismo y quedaba paralizado para la acción. En alguna de estas circunstancias, se quejaba amargamente de que llevaba años de psicoterapia y no había realizado ningún progreso y que tendría que dejar el tratamiento porque no servía para nada, y necesitaba una solución ya mismo para no perder al cliente. Le respondía que esperaba de mí que le librara de forma inmediata y mágica de esta amenaza, y que de no hacerlo yo estaría amenazado con perderle como paciente. Le mostraba cómo yo tampoco podía evitar estas amenazas, en todo caso sirven para espabilarse, enfrentarse a ellas y realizar el trabajo lo mejor posible. De esta forma, el señor Z podía ir identificándose con un terapeuta que no era omnipotente, que no negaba la amenaza de castración, ni quedaba paralizado por ella.

Por otra parte, en la concepción de la resolución del edipo negativo de Peter Blos la libido homosexual se desinstintiva y se convierte en una nueva estructura psíquica, el ideal del yo maduro. En mi opinión, a diferencia del edipo positivo, en el negativo no se requiere una represión radical de la pulsión. El trabajo psíquico consiste en **una transformación de la energía potencial homosexual en energía cinética sublimada**, que sirve tanto para acometer los proyectos que impone la cultura como para la creación de vínculos de acercamiento a nuevos ideales encarnados en personas que constituyen buenos modelos de identificación. De hecho, como recuerda Chasseguet-Smirgel, todos los grandes creadores han sido capaces de establecer fuertes identificaciones con sus maestros gracias a poder tolerar una posición pasiva, de sometimiento.

"El giro sobrevino en 1882, cuando mi veneradísimo maestro corrigió la generosa imprevisión de mi padre advirtiéndome, con severidad, que dada mi mala situación material debía abandonar la carrera teórica. Seguí su consejo...Pasado cierto tiempo fui promovido a médico interno y presté servicios en diversas secciones: entre ellas, durante más de seis meses, junto a Meynert, cuya obra y personalidad ya me habían cautivado en mi época de estudiante...Ingresé como alumno en la Salpêtrière...Un día oí a Charcot lamentar que el traductor de sus conferencias al alemán no hubiera dado señales de vida después de la guerra; siguió diciendo que le gustaría que alguien tomara a su cargo la versión alemana de su nueva serie de conferencias. Yo me ofrecí por escrito a hacerlo". ("Presentación autobiográfica". S. Freud, 1925)

En cuanto al tipo de ligazón con el padre, se requiere la transformación de un vínculo libidinal de objeto en una ligadura por identificación ("Psicología de las masas y análisis del yo", S. Freud). Precisamente, la aceptación de la posición pasiva respecto a los objetos portadores del ideal favorece la identificación con estos objetos, al permitir empaparse y captar en profundidad sus cualidades admiradas.

Esta es la paradoja de la resolución del edipo negativo: la pulsión homosexual pasiva es el veneno y la cura. La cura es la utilización de esta misma pulsión pero inhibida en su fin para proyectos identificatorios, a diferencia de la resolución del edipo positivo en donde sólo cabe la represión de las pulsiones incestuosas y homicidas.

La resolución del edipo negativo pone en marcha el proyecto de identificación al padre que es el núcleo del logro de un ideal maduro, autónomo y desexualizado. Ahora bien, cabe preguntarse una última cuestión. A estas alturas parece evidente que la identificación al padre implica el logro de un ideal del yo más maduro y desexualizado pero ¿también un ideal más autónomo?, ¿cómo es posible que sea más autónomo el sujeto si ha de parecerse al padre?, ¿no es contradictoria esta tarea con la necesaria confrontación del adolescente con los padres, con la tarea de realizar el duelo y la desidealización del padre omnipotente de la infancia?

En primer lugar, hay que discriminar entre identificación e idealización. En la idealización extrema el sujeto se empobrece alienándose en la grandeza del otro del que se siente parte. Por la identificación el sujeto se enriquece, ensancha sus potencialidades. No obstante, sigue quedando cierta perplejidad por el hecho de que la identidad, lo más singular del sujeto, esté construida por trozos de los otros.

"La identificación se refiere a la adquisición de roles, funciones y actitudes del Objeto significativo que acaban estructurando al Yo y al Superyó... Sensus estricto, la identidad es lo menos propio que tenemos, al componerse de retazos de identidades ajenas...De ahí que la identidad sea, en alguna medida, siempre deudora de los otros, aunque se convierta en la seña de individualidad más fuertemente defendida por el sujeto" (Teresa Sánchez, pág. 48).

En segundo lugar, hay que distinguir entre dos clases de identificaciones como núcleo del ideal del yo maduro. Aquellas que se dirigen a cualidades o funciones admiradas del padre. Y otra identificación al padre en tanto objeto total propio de la posición depresiva, lo que implica la aceptación de la rivalidad, de los afectos negativos y el reconocimiento de sus defectos. Todo lo cual no elimina el valor del padre en tanto modelo. Es precisamente esta clase de identificación la que permite una relación más benévola, tolerante y madura entre el yo y el ideal.

Y por último, la dura aceptación de la desidealización y las limitaciones del padre como portador del ideal, promueven la vinculación y la identificación con otros nuevos objetos. De manera que el ideal del yo continua evolucionando como sistema abierto.

6. Conclusión.

En el presente artículo se plantean dos tesis básicas. En primer lugar, que el ideal del yo maduro en el varón es una instancia psíquica paradójica, que integra funciones del principio del placer (la búsqueda añorada del yo ideal megalómano), y del principio de realidad (la renuncia a la consecución de los objetivos vitales por los “atajos” imaginarios, y la aceptación del largo camino de la realidad). Y en segundo lugar, que para llegar a este objetivo resulta básico resolver los conflictos de ambivalencia con el padre (uno de los principales es el edipo negativo). La superación de estos conflictos implica la creación de introyectos por identificaciones selectivas con el padre que conforman el contenido del ideal del yo maduro.

Cabe preguntarse cuáles son los puntos comunes y diferentes entre la ruta propuesta y la de la psicología del self. Los objetivos son esencialmente los mismos aunque la terminología difiera: integrar el self grandioso con los requerimientos de la realidad, y crear una nueva estructura psíquica (superyó idealizado) por “internalización transmutadora” de las funciones que el analista cumple para el paciente.

Cuando hay déficits graves de narcisización primaria —se parte de un yo ideal precario—, el modelo de tratamiento que sigue absolutamente vigente es el que nos ha enseñado Kohut. Por el contrario, considero que la ruta propuesta en este artículo debe aplicarse en aquellos casos con un exceso de narcisización primaria: pacientes que no han podido establecer una identificación suficiente con el padre por déficits y/o conflictos pero que disponen de fuertes introyectos maternos y/o un exceso de narcisización materna primaria.

La psicología del self pretende una generalización excesiva, un problema muy habitual en el campo de la teorización psicoanalítica. Intenta aplicarse a la totalidad de los trastornos narcisistas y, en sus momentos más grandiosos, llega a considerar toda la psicopatología como un efecto de las fallas narcisistas causadas por la patología de los padres.

H. Bleichmar (1997) distingue estrategias terapéuticas bien diferenciadas para cada uno de los dos grandes grupos de trastornos narcisistas: aquellos que padecen un déficit primario de narcisización y los que por el contrario parten de una hipernarcisización primaria.

“La megalomanía primaria precede al trauma. Es su condición de existencia. En estos casos, el trabajo terapéutico no consiste en hacer ver al sujeto que en el inconsciente se siente inferior sino lo contrario: por considerarse superior, por creer que se le deben reconocimientos especiales y que está destinado a la gloria, cuando nada de esto ocurre cada episodio deviene en traumatizante para su narcisismo”. (Bleichmar, pág. 246)

No obstante, estas categorías son modelos ideales que nos sirven para pensar y diseñar una estrategia de tratamiento de entrada. La realidad clínica es más compleja y nos suele mostrar una mezcla entre ambos polos que exige un tratamiento conjugado de los déficits y los conflictos (Killingmo, 1989). Así, tanto esta ruta como la de Kohut son modelos ideales para tratar trastornos narcisistas por conflicto o por déficit respectivamente. Habrá muchos casos que necesiten un tratamiento mixto.

Esta ruta marca principalmente las tareas evolutivas **autoplásticas** (implican una plasticidad o transformación del sujeto) que hay que enfrentar para acceder a un ideal del yo maduro. El término autoplástico proviene del concepto de adaptación que nos han enseñado los psicólogos del desarrollo (Piaget, 1947; Tyson y Tyson, 1990). Para estos autores el proceso de desarrollo puede entenderse como la conjugación de dos modos de adaptación. La adaptación “aloplástica” (concepto idéntico al proceso de “asimilación” de Piaget) es la capacidad del sujeto de obtener respuestas del ambiente en base a sus necesidades o deseos —es la estrategia Kohutiana—. Por el contrario, la adaptación “autoplástica” (idéntico a la “acomodación”) es la capacidad para cambiar y hacer evolucionar las propias estructuras psíquicas de acuerdo a la percepción de la realidad, lo que implica necesariamente tolerancia a la frustración y postergación de la satisfacción.

Referencias

- Ávila, A (2001). “Reglas, vectores y funciones del encuadre: su papel generador del proceso analítico”, *Intersubjetivo*, Vº 3, Nº 1.
- Bleichmar, H. (1997). Psicoterapia de los trastornos narcisistas en *Avances en psicoterapia*, Barcelona: Paidós.
- Blos, P. (1979). La genealogía del ideal del yo en *La transición adolescente*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Caparrós, N. (1992). La presentación del padre en *Psicoterapia Analítico-Vincular*. Tomo I, Madrid: Quipú Ediciones.
- Chasseguet-Smirgel, J. (1975). *El ideal del yo*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo, Tomo XIV, Amorrortu.
- Freus, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo, Tomo XVIII, Amorrortu.
- Freud, S. (1923). El yo y el ello, Tomo XIX, Amorrortu.
- Freud, S. (1925). Presentación autobiográfica, Tomo XX, Amorrortu.
- García de la Hoz, A. (1998). La moralidad femenina, *VI Jornadas Internacionales Grupo, Psicoterapia y Psicoanálisis*.
- Green, A. (1992). *El complejo de castración*, Buenos Aires: Paidós.

- Killingmo, B. (1989). Conflicto y déficit: implicaciones para la técnica, *The International Journal of Psychoanalysis*, vol. 70.
- Kohut, H. (1971). *Análisis del self*, Buenos Aires: Amorrortu Ediciones.
- Ogden, H. T. (1989). El umbral del complejo de edipo masculino en *La frontera primaria de la humana experiencia*, Julián Yébenes S.A.
- Laplanche, J; Pontalis, J-B. (1993). *Diccionario de Psicoanálisis*, Barcelona: Labor.
- Mejía, M. P. (1999). El ideal del yo bajo la tutela del superyó en nº 3 de *Affectio Societatis*, *Revista electrónica del Departamento de Psicoanálisis de la Universidad de Antioquia*.
- Piaget, J. (1947). *La psicología de la inteligencia*, Barcelona: E. Crítica.
- Sánchez, T. (2001). La identificación con el objeto perdido. *Intersubjetivo* Vº 3, nº 1.
- Tyson, P. y Tyson, R. (1990). *Teorías psicoanalíticas del desarrollo*, Lima: Publicaciones Psicoanalíticas.

Notas

ⁱ**Jose Manuel Pinto Campos.** Psicoterapeuta Psicoanalítico.Psicólogo Clínico. Dirección de contacto: Dr.Esquerdo, 20,4º.dcha. 28028. Madrid.Email: jmpintocampos@arrakis.es
